

Intelectuales católicos a la reconquista del Estado

Santos Juliá

«¿Qué entendemos por intelectuales?», se preguntaba en 1934 el canónigo de la catedral de Granada Rafael García y García de Castro, y su respuesta vale como un tratado de historia y teoría de tan equívoca figura: «Desde hace algún tiempo, ese nombre ha circulado en las corrientes de la moda y se ha aplicado por antonomasia a los escritores de ideas o de tendencias marcadamente izquierdistas.» Para un clérigo de los años treinta, intelectual era de tiempo atrás un escritor de izquierda, concepto éste también cargado de sentido, pues resumía en una sola voz todo lo contrario a lo nacional, lo cristiano y lo español. Nada de extraño, por tanto, que en la hora presente, «en estos días de agitación y tumulto, en que las calles se han convertido en barricada y el Parlamento en pugilato vergonzoso de odio, de regodeos y de blasfemias», los intelectuales evocaran en la mente del canónigo «el cuadro de desolación apocalíptica, en que se abre el pozo del abismo, y sale de él el humo que oscurece al sol y las langostas que asuelan la tierra» ¹.

Con tan veterotestamentario lenguaje, García y García de Castro se refería a las dos generaciones de intelectuales que, para 1934, habían afirmado su presencia en la escena pública española. Llegó la primera con aquellos escritores que desde los últimos años del siglo anterior habían mostrado su inquietud ante la aparición de la masa, a la que

¹ Rafael GARCÍA y GARCÍA DE CASTRO, *Los «intelectuales» y la Iglesia*, Madrid, 1934, pp. 14-17. Este canónigo formó parte de la primera hornada de obispos nombrados con arreglo al convenio firmado entre la Santa Sede y el Estado español en junio de 1941: *Eccllesia*, 2 de enero de 1943.

tenían como una irrefutable prueba de la degeneración de la raza. Su retórica predominante fue la de una España muerta o degenerada –**la** charca, el marasmo, el pantano nacional-, cuyo ser verdadero, por debajo de esas aguas pestilentes, había que buscar en las alturas de la historia o en algún rincón de Castilla, donde esperaba la resurrección espoleada por algún espíritu fuerte. Llegó la segunda con muy diferente talante: el mundo que le había tocado vivir era muy otro al de aquellas aguas estancadas que lamentaban sus mayores, pues desde principios de siglo, y más aceleradamente desde la Gran Guerra, la sociedad española experimentó una profunda transformación que llenó de profesionales sus principales ciudades. Por vez primera, además, esos intelectuales no se alimentaban únicamente de una tradición propia, sino que acudieron, como si de un rito iniciático se tratase, a universidades europeas y americanas. La generación del 98 se había caracterizado por su tardorromanticismo, su inclinación al ensimismamiento, su individualismo, su protesta como forma privilegiada de acción; la del 14 se presentó como plenamente europea por su formación en Alemania, Francia o Gran Bretaña, su dedicación a la investigación científica y a profesiones técnicas, por el impulso a obras colectivas de cultura, por el consciente esfuerzo de europeización que desarrollaron sus líderes más destacados.

Reconquistar el terreno perdido

Europeización que se mostró en un rápido proceso de secularización. Si algunos de los más ruidosos intelectuales de la generación del 98 anduvieron angustiados por el sentimiento trágico de la vida, los que aparecieron después llamarán la atención sobre todo por la alegría de su vivir, evidente en gentes como Ortega, casi insultante en los que venían detrás. A pesar de la abrumadora presencia de la Iglesia, con su densa red de instituciones educativas en la que quedaban atrapados los retoños de las clases medias, es SOL)rendente hasta qué punto fue laica la cultura dominante entre estas generaciones del primer tercio de siglo. La Iglesia había perdido de antiguo a la clase obrera, pero su influjo sobre el sector de la clase media que protagonizó la llamada Edad de Plata era realmente nulo: como el cardenal Vidal i Barraquer informaba al cardenal Pacelli, meses antes de que Manuel Azaña pronunciara su célebre *dictum* en el debate constitucional de la República,

«exceptuando alguna región del Norte, hemos de confesar que la España católica, tal como hasta ahora se ha considerado, no respondía a la realidad verdadera del estado social». El catolicismo, escribirá el cardenal Gomà años después, estaba hace lustros en España en franca decadencia; la cátedra y el libro, indiferentes u hostiles al pensamiento cristiano. Mientras los cultivadores del legítimo pensamiento español eran muy raros, lamentaba el cardenal, los repetidores de doctrinas foráneas como el liberalismo, el materialismo, el escepticismo volteriano y el socialismo panteísta eran legión².

Lo que preocupaba a los hombres de Iglesia, sin embargo, no era tanto la distancia que aquellos izquierdistas extranjerizantes habían tomado respecto a la religión, como la influencia social que atribuían a «los representantes del saber» y las posiciones de poder cultural que habían conquistado mientras los católicos quedaban al margen, «sin participar en la gobernación del Estado». Era una percepción compartida por los pensadores de las dos grandes corrientes del catolicismo político que habían asistido perplejos, como desarbolados, a la proclamación de la República. Los primeros, los que venían del tradicionalismo del siglo XIX o del alfonsismo del XX y acabaron confluyendo en Acción Española, daban por supuesto que los enemigos de la religión y de la patria habían ido ocupando todos los puestos desde los que lograron extender una opinión pública contraria a la Iglesia: la propaganda oral y escrita, la prensa y la cátedra quedaron «en manos enemigas»; todos los resortes del poder se habían entregado pacíficamente a los dirigentes de una revolución³. Los segundos, los accidentalistas que procedían del catolicismo social de principios de siglo, no se distinguían un ápice en este punto de lo que decían los monárquicos tradicionalistas: en un manifiesto firmado, entre otros, por José María Gil Robles, José Ibáñez Malitín, Ramón Serrano Suñer y José María Valiente, se decía que mientras el pensamiento católico llevaba en España un cuarto siglo de ausencia, las fuerzas enemigas, inspiradas ímpidamente por el relativismo y el evolucionismo habían podido preparar,

² VIDAL I BARRAQUER a Pacelli, 19 de septiembre de 1931, *Arxiu Vidal i Barraquer*, Montserrat, 1971, vol. 1, p. 317; Isidro GOMÁ y TOMÁS, *Lecciones de la guerra y deberes de la paz*, 8 de agosto de 1939, incluida en *Por Dios y por España*, Barcelona, 1940, pp. 232-236.

³ «Abstencionismo político», *Acción Española*, núm. 34, 1 de agosto de 1933, y «Una carta de personalidades representativas de la derecha al señor Goicoechea», *ABC*, 13 de enero de 1933; entre los firmantes: Manuel Bueno, Miguel Herrero, Ramiro de Maeztu, Honorio Maura, Pedro Sáinz Rodríguez.

por medio de una campaña intelectual primero y práctica después, un triunfo que se reflejaba en su dominio de las instituciones, la administración, la prensa, la posesión del poder, la Universidad, la calle y el cuartel. Como escribía Enrique Herrera Oria, bien poco podían hacer los «intelectuales católicos», que no disponían ni siquiera de una Universidad propia en la que educar a la juventud, contra el poder ejercido por intelectuales con vínculos masónicos o esclavos de partidos políticos sobre instituciones tales como el Instituto-Escuela, la Institución Libre de Enseñanza o el Museo Pedagógico 4.

Fuera cual fuese su procedencia, los católicos estaban convencidos de que, tras medio siglo de ausencia en el campo del pensamiento, el enemigo había conquistado todas las posiciones. Ahora bien, si la República, con el solo hecho de su proclamación, mostraba a unos y otros la profundidad del daño causado por los intelectuales a la religión y a la patria, su existencia misma debía servir de acicate para despertar del plácido sueño en que vivían desde los tiempos de Cánovas, aquel administrador de opiáceos a la opinión católica ⁵. La República, dicho de otra forma, debía entenderse, a la manera de Ángel Herrera, como *felix culpa*: como «dichosa persecución que está levantando esta magnífica reacción católica en todo el país», una especie de azote enviado por Dios con la doble intención de castigar a los suyos por su pereza e inhibición y, simultáneamente, despertarlos, llamarlos a la acción para «luchar como valientes cruzados hasta la última trinchera». Las raíces del mal eran lejanas y hondas y el daño grave y difícil de reparar: embajadores de Su Majestad católica trabajando en favor de la masonería, curas predicando la libertad de cultos, aristócratas convencidos de que la nobleza y la jerarquía eran meros residuos del pasado, militares pacifistas, un orden trastocado, un infierno, ésa era la situación que vivían los españoles desde el 14 de abril, según se escribía en las páginas de *Acción Española*. España está en trance de desaparición, advertía Eugenio Montes ⁶.

⁴ «Manifiesto de la Agrupación Menéndez Pelayo», *CEDA*, núm. 28, 1 de julio de 1934, reproducido en José R. MONTERO, *La CEDA. El catolicismo social y político en la II República*, vol. 11, Madrid, 1977, pp. 643-645. Enrique HERRERA ORIA, *Educación de una España Nueva*, Madrid, FAX, 1934, pp. 146-149 Y223-226.

⁵ La paz interior de Cánovas como paz del durmiente que ha tomado una bebida opiácea, Manuel GARCÍA MORENTE, «Orígenes del nacionalismo español», 24 de mayo de 1938, *Obras Completas*, 11, vol. 2, Madrid, 1996, pp. 21-25.

⁶ Ángel HERRERA ORIA, «Programa escolar de los católicos», 29 de julio de 1933,

La redención de la culpa no será plena hasta que los católicos despierten y pasen a la acción. En este punto, de nuevo, las posiciones de los dos principales viveros de intelectuales católicos de los años treinta no son lejanas. Los hombres de Acción Española entienden su misión como una reconquista, una cruzada que restaure la gran España de los Reyes Católicos y de los Austrias a partir de una nueva Covadonga. Nadie debe arredrarse ante las consecuencias últimas de la llamada a la acción: tal como se han puesto las cosas, los católicos gozan de un «derecho a la rebelión». Los hombres de Acción Popular participaban de idéntica mentalidad de sitio y compartían la visión de la tarea pendiente como la de una reconquista del terreno tontamente dejado al enemigo. Había que dar publicidad al pensamiento moderno y católico, lanzar campañas orales y escritas, pelear en la avanzada de la contrarrevolución; acabar con el desolado paréntesis que el pensamiento ecuménico ha tenido en España desde hace veinticinco años. Es, de acuerdo con el manifiesto de sus intelectuales, una reconquista que debe dar lugar a un renacimiento. Aun si éstos se guardan de proclamar el derecho a la violencia, voces como guerra, cruzada, reconquista son las que definen las propuestas de acción emanadas de los círculos intelectuales de las dos grandes corrientes de la política católica.⁷

De manera que los católicos, fueran monárquicos o accidentalistas, compartían algo más que el diagnóstico de una situación. Para empezar, estaban de acuerdo en que el enemigo había dominado todo el terreno; que ese enemigo tenía un nombre propio, genérico, los intelectuales, traidores y claudicantes, como los veía Pemán, o específico, la Institución Libre de Enseñanza, nido de masones y extranjerizantes, como repetían todos; que el propósito del enemigo consistía en descatolizar España; que era urgente despertar y pasar a la acción, dando batalla en todos los órdenes de la vida pública con objeto de reconquistar las posiciones

Obras, Madrid, 1963, pp. 113-114. Perea e inhibición como males de los católicos, Ángel AYALA, *Formación de selectos, Obras Completas*, Madrid, 1999, pp. 502-504; Eugenio MONTES, «Discurso de la catolicidad española. Introducción», *Acción Española*, núm. 43, 16 de diciembre de 1933.

⁷ Como un honor tenía Acción Española haber publicado en 1934 *El derecho a la rebelión* que Aniceto de Castro Albarrán, canónigo de Salamanca, reeditó oportunamente como *El derecho al Alzamiento*, Salamanca, 1941: ver «Memorandum entregado al Delegado nacional de prensa, Dionisio Ridruejo, y al ministro Serrano Suñer en noviembre de 1938», en Eugenio VEGAS, *La frustración de la victoria*, Madrid, 1987, p. 119. Lo demás, Eugenio MONTES, «Discurso», cit., y Agrupación Marcelino Pelayo, «Manifiesto», cit.

perdidas; que, en fin, esa acción debía organizarse a partir de círculos o sociedades que impulsaran a sus miembros a actuar de manera solidaria. En todos estos extremos, nada diferencia al núcleo de intelectuales de Acción Española, a Maeztu, Vegas, Goicoechea, Pemán, Permartín, Sáinz Rodríguez, de los que se reúnen en torno a Acción Popular. Pelear en la avanzada de la contrarrevolución podía ser el propósito de Ramiro de Maeztu, pero no lo era menos de Ramón Serrano Suñer o de José Ibáñez Martín.

y es esta decisión de pasar organizada y colectivamente a la ofensiva para conquistar posiciones de poder desde las que imponer su política lo que diferencia radicalmente esta manera de ser intelectual de todas las precedentes. Los intelectuales católicos no se limitan, como los del 98, a la mera protesta individual, a la única acción colectiva de poner una firma bajo un manifiesto contra tal o cual gobierno, tal o cual abuso de poder; ni se contentan, como la intelectualidad del 14, con lanzar convocatorias de adhesión a tal o cual liga de educación política o de unión democrática, ni a pasar el rato en redacciones de periódicos y revistas. El intelectual católico es otra cosa: miembro de una organización de selectos, acostumbra a celebrar reuniones o círculos de estudio, pero no para cultivar el espíritu, sino para pasar a la acción. Todo lo que serán luego, cuando por fin lleguen al poder, estaba dicho antes, cuando veían todo el terreno en manos del enemigo.

División de estrategias

El problema que se plantea a los católicos no se refiere, por tanto, a la necesidad de iniciar una cruzada contra el adversario sino a la siempre reclamada y nunca conseguida unidad de propósito y de acción entre esas dos corrientes en que aparecen divididos desde principios de siglo. En la denuncia del poder enemigo y de todo lo que viene después -reconocimiento de la culpa propia, mentalidad de asedio, propósito de reconquista- no hay diferencia alguna entre personajes como Gil Robles y Valiente, de una parte, Vegas y Montes, de otra. Con sólo nombrarlos, ya se está en la pista de ese pregonado renacimiento de lo católico que la misma instauración de la República habría favorecido. Pero asimismo, sólo nombrarlos evoca la dificultad, finalmente insuperable, de que los católicos llegaran a coincidir en una estrategia común para alcanzar sus fines: coincidentes en la figura del intelectual

organizado para la acción, discrepan de forma radical en cuestiones que atañen a la sustancia misma de la política católica: unos son, como los define Maeztu, totalistas o integristas, quieren todo o nada; otros son gradualistas o posibilistas, guiados por la divisa «del lobo, un pelo». Los dos habían llegado a odiarse, en vista de que ninguno de ellos conseguía absorber al otro. Maeztu creía que, a la vista del enemigo común, la diferencia entre integristas y posibilistas era asunto menor, pero, en realidad, la lejanía no dejó de aumentar entre los que dirigían Acción Popular y los que desde febrero de 1933 comenzaron a organizarse en el nuevo partido de Renovación Española⁸.

La genealogía de los primeros se remonta al acto de consagración, casi de juramento de fidelidad y emisión de voto, del pequeño grupo de jóvenes que será el núcleo fundacional de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. «Vamos a ver lo que Dios quiere de nosotros», habría dicho el jesuita Ángel Ayala cuando se decidió a lanzar su Asociación ante la «triste experiencia de la falta de católicos bien formados en el campo político y social». En el mismo acto de botadura está entera la preocupación que los guía y lo que comienza a definir a esa nueva figura, todavía balbuciente, del intelectual católico. No se trata de formar hombres dedicados a la especulación, sino hombres de lucha, capaces de influir en la sociedad. Es la idea machaconamente repetida, hasta su muerte, por quien muy pronto se convertirá en organizador y guía de esa minoría selecta, Fernando Martín-Sánchez Juliá, que desde 1920 ocupará la secretaría general de la Asociación: la formación de selectos no es un fin en sí misma, no vale recrearse como narcisos en el espejo tranquilo de las aguas de sus propias creaciones. Hay que actuar: formación para la acción, ésa fue la consigna inculcada en aquellas mentes juveniles el día en que el cardenal Vico les impuso la insignia y cuando en el acto de oblación confesaron su firme voluntad de consagrarse a la propaganda católica⁹. Estos propagandistas, que ya habían sido el principal soporte civil de la Dictadura de Primo de Rivera, recibirán la República lanzando un partido político, Acción Nacional, luego por exigencias legales Acción Popular, siguiendo

⁸ Ramiro DE MAEZTU, «El quinto voto», *ABC*, de 12 de enero de 1933.

⁹ Para los orígenes de la ACNP en la Congregación de los Luises y el acto fundacional, Ángel AYALA, *Formación de selectos*, pp. 294-297. Poco añaide Francisco CERVERA en su *Ángel Ayala*, Madrid, 1975, pp. 127-138. La creación de la ACNP es calificada como hito fundamental del catolicismo político por Pedro GONZÁLEZ CUEVAS, *Historia de las derechas españolas*, Madrid, 2000, pp. 228-230.

la estrategia elaborada por Pío XI: asegurar el reinado efectivo de Cristo en la sociedad para su recristianización por medio del influjo en el poder estatal, por la acción diplomática y jerárquica y por la actuación capilar de la Acción Católica.

Es conocida la radical oposición que a esta estrategia opusieron los fundadores de la sociedad Acción Española, que la consideraban como la mejor política posible para consolidar el régimen republicano. Escribiendo el 14 de abril de 1935, José María Pemán tenía a la República como un delito de traición a la historia y atribuía al escepticismo de los accidentalistas tácticos el más firme apoyo de una República que vivía tolerada, pero no amada ¹⁰. Los monárquicos no dudaron en llevar su causa ante el Vaticano y a la vez que defendían la recusación pura y simple de los principios constitucionales por su realización antirreligiosa, antinacional y antisocial, o sea, laicista, separatista y marxista, acusaban a Acción Popular de imponer su superioridad burocrática y excluir de las listas electorales a todos aquellos hombres de Renovación rodeados del «prestigio heroico ganado en defensa de la Patria, del prestigio intelectual ganado en la afirmación de la Patria, y del prestigio moral ganado en la exaltación de la unidad de la Patria». Todo un movimiento intelectual creciente, católico y patriota, que por vez primera en un siglo, lograba el oscurecimiento y la derrota de la intelectualidad descreída, fue, según lamentaba el informe, eliminado de las urnas ¹¹.

No se equivocaba el cardenal Vidal i Barraquer cuando advertía al Vaticano que todo esto era «viejo en España». Si Acción Popular podía remontar sus orígenes al catolicismo social de principios de siglo y a la fundación de ACNP, los grupos que se adscribían a la estrategia integrista -Renovación Española, tradicionalistas, Acción Española- bebían sus aguas en fuentes más lejanas en el tiempo y podía considerarse con toda justicia como herederos «de aquellos extremistas que en el último tercio del siglo pasado combatían al Papa, a la Nunciatura y a los Prelados con el pretexto de ser los únicos que defendían a la Iglesia». Vidal apostaba por Acción Popular, pero el sucesor del cardenal Segura en la sede primada de Toledo, Isidro Gomá, mostrará muy pronto

¹⁰ José María PEMÁN, *Cartas a un escéptico ante la Monarquía*, 4.ª ed., Madrid, 1956, pp. 237-238.

¹¹ «Informe reservado sobre las causas de la actual situación de la política religiosa en España», *Arxiu Vidal i Barraquer*, Anejo, 11 agosto 1934, Barcelona, 1986, vol. IVII y 2, pp. 446-451.

sus simpatías hacia la segunda: en verdad, también el episcopado aparecía dividido en la doble estrategia posibilista o integrista ¹². En todo caso, y para lo que interesa en el actual contexto, si las estrategias políticas defendidas por unos y otros en relación con la República y, sobre todo, con vistas al objetivo final, diferían notablemente, la actitud política y los supuestos intelectuales de su acción no se alejaban de forma sustantiva. Sin duda, los primeros eran partidarios de encontrar el *modus vivendi* entre el Vaticano y la República, mientras los segundos lanzaban fuertes campañas contra ese *modus vivendi* porque juzgaban que daría fuerza al gobierno y preferían que viniera un cataclismo del que esperaban, ilusionados, alcanzar todo el poder ¹³.

Sea porque la división restó fuerza a los católicos, sea porque la del enemigo era superior, el caso fue que cuando Acción Popular creyó tener el poder al alcance de la mano sufrió un revés en las urnas que confirmó en sus expectativas insurreccionales a sus fraternales adversarios, los de Renovación Española. Cerrado el camino de las urnas, no quedaba más que el asalto frontal a la República. Pero en este punto se planteaba un problema irresoluble por las solas huestes católicas: por mucho que se celebrara que la palabra intelectual hubiera dejado de asumir por vez primera en doscientos años un sentido disolvente para llenarse de plenitud española ¹⁴, el asalto al poder resultaba impensable sin el recurso a la fuerza militar. Como Ramiro Ledesma Ramos había visto perfectamente, al finalizar 1935 en España no existía un fascismo capaz de crear una Patria fuerte y liberadora. Pero si no había fascistas, sobrababan los fascistizados, esa «realidad española fuerte» que se personificaba en Calvo Sotelo y su Bloque Nacional, de un lado, y en Gil Robles y sus fuerzas, especialmente la IAP, del otro. Ninguna de ellas, ni las dos juntas, podría llegar a la conquista del poder, sino que necesitaban una «acción militar convergente». En esa acción militar, nada fuera de lugar dadas las características españolas, era donde radicaba la posibilidad de un gobierno fascistizado ¹⁵.

¹² Josep M. MARGENAT identifica dos estrategias eclesíásticas centrales y otras dos subalternas en *El factor católico en la constitución del consenso del Nuevo Estado franquista* (1936-1937), Madrid, 1991, pp. 133-145.

¹³ VIDALI BARRAQUER a Pacelli, 11 y 18 de agosto de 1934, *Arxiu*, cit., pp. 444-445 Y484-486.

¹⁴ «Los intelectuales y la política», *ABC*, 15 de febrero de 1935.

¹⁵ Ramiro LEDESMA RAMOS, *¿Fascismo en España? Discurso a las juventudes de España*, Madrid, 1968, pp. 70-72.

La previsión de Ledesma se cumplió plenamente. La estrategia del cuanto peor, mejor, a la que con otras palabras se había referido Vidal i Barraquer cuando denunciaba las propuestas de Acción Española, acabó dando sus frutos y, en efecto, hubo acción militar y hubo lo que Ramiro Ledesma habría llamado gobiernos fascistizados. En ellos, fueron «los más brillantes equipos intelectuales de la derecha española», los procedentes de Acción Española, los aupados a posiciones de poder desde los que desarrollaron sin trabas los propósitos acariciados durante los años de República: limpiar el solar de cualquier construcción anti-nacional para edificar luego en el terreno ya expedito el Nuevo Estado. Fueron militares con conexiones con Acción Española los que apoyaron la concentración de poderes en las manos del general Franco y fue el mismo presidente de Acción Española, José María Pemán, quien se hizo cargo de la Comisión de Educación y Cultura de la Junta Técnica del Estado, a la que llevó como vicepresidente a Enrique Suñer, un catedrático de pediatría de la Universidad Central particularmente obsesionado por la Institución Libre de Enseñanza. Muy significativo de la nueva relación de fuerza entre aquellos integristas y posibilistas que Maeztu veía odiándose a muerte en 1933 fue que los miembros de la comisión a la que se confió la gestión de la Editorial Católica procedían en su totalidad de Acción Española. Allí estaban Pedro Sáinz, José María Pemán, José Félix de Lequerica, Alfonso García Valdecasas, Juan José Pradera y Justo Pérez de Urbel, ninguno de ellos afín a las tesis con tanto empeño defendidas durante años por Ángel Herrera. Haber sido posibilista o gradualista no era algo que gozara de prestigio en la España nacional¹⁶.

Intelectuales en el poder: arrasar el pasado

Lo que define el ejercicio del poder por los intelectuales procedentes de Acción Española es, sobre todo, su ansia de exterminio, su propósito de arrasar por completo con un pasado que consideraban culpables de toda suerte de delitos y que identificaban con la Institución Libre de Enseñanza, verdadera bestia negra del catolicismo. Escribiendo en la revista *Atenas*, Nicolás Ortega proponía que el Nuevo Estado pasara «por las armas a la señora Institución», aquel engendro que procedía

¹⁶ José M. GARCÍA ESCUDERO, *De periodista a cardenal. Vida de Ángel Herrera*, Madrid, 1998, pp. 210-214.

del virus elaborado por los químicos del mandil y del triángulo y que se había enquistado en el Ministerio de Instrucción Pública por la simpleza y el abobamiento de los católicos. No menos expeditivo se mostraba Enrique Suñer cuando señalaba a quienes se llamaban «a sí mismos pedantescamente intelectuales» como los principales responsables de los crímenes, asesinatos, violaciones, crueldades, saqueos y destrucciones y se preguntaba si ante tanta mortandad, los culpables habrían de quedar sin castigo, para responderse que era menester jurar con la más santa de las violencias ante los muertos amados la ejecución de las sanciones merecidas. Enrique Suñer no temía proponerse a sí mismo como delator de los culpables y ejecutor de las penas: «busco señalarlos con el dedo, delatando con todo valor, duramente, sin eufemismos ni atenuaciones, sus turbias actividades». Y así, llevado de esta santa ira, señaló a José Castillejo como el hombre más terriblemente funesto que había visto nacer España. Busquemos el cerebro que movió el brazo, proponía Joaquín Entrambasaguas, al intelectual o intelectualoide que agitó y halagó en provecho propio el instinto de la masa, y caiga sobre ellos el castigo ¹⁷.

Toda esta ira vengadora gozó de la legitimación y del aliento de las autoridades eclesiásticas. En una de sus primeras pastorales de guerra, el obispo de Salamanca señalaba que en algunos casos la labor del intelectual, del profesor y del periodista era verdaderamente criminal, subversiva del Estado, corruptora de la juventud y envenenadora del pueblo. Las consecuencias en tiempo de guerra ya se pueden suponer, pero por no dejarlas al mero azar, Pla y Deniel las indicaba con toda claridad: quemar, si fuera necesario, los falsos ídolos cuyo culto ha acarreado tan inconmensurables estragos y esperar del Ministerio de Educación que se expurgaran las bibliotecas populares y escolares. Al finalizar la guerra, Ángel Ayala podía celebrar, agradecido, que una obra de singular transcendencia llevada a cabo por el régimen había sido la depuración del magisterio de la enseñanza en todos sus grados ¹⁸.

¹⁷ Nicolás ORTEGA, «Males y remedios», *Atenas*, núm. 64, diciembre de 1936, y Joaquín ENTRAMBASAGUAS, *Pérdida de la Universidad Española*, ambos citados por Gregorio CÁMARA VILLAH, *Nacional-Catolicismo y escuela. La socialización política del franquismo (1836-1951)*, Madrid, 1984, pp. 75 Y 99-100. Enrique SUÑER, *Los intelectuales y la tragedia española*, Burgos, 1937, pp. 6-22.

¹⁸ Enrique PLA Y DENIEL, «Los delitos del pensamiento y los ídolos intelectuales», 20 de mayo de 1938, cito por Alfonso ÁLVAREZ BOLADO, *Para ganar la guerra, para ganar la paz*, Madrid, 1995, pp. 289-29:3. Ángel AYALA, *Formación de selectos*, p. 291.

El expurgo de libros, la denuncia de intelectuales, la pérdida de las cátedras, cuando no de las vidas, el exilio, las sanciones ejemplares, formaban parte de una política que pretendía arrasar una tradición, liquidarla como espuria y extranjera. Dicho de la manera más brutal, como lo dijo José María Pemán, el Estado reservaría toda su dureza depurativa a todos los intelectuales que optaron claramente por lo anti-nacional, lo masónico, lo judío o lo marxista. Para ellos, la salvación era imposible. Quizá para los demás, para quienes no habían optado tan claramente, podían ser recuperados a condición de prohibirles que se metieran en política para nada. El objetivo: no desperdiciar ni un átomo de la inteligencia nacional que todavía pudiera ser aprovechada y redimida. No se crea por lo demás que esta liquidación del pasado se limitaba a autores daramente ateos o anticlericales. El expurgo de libros se extendió a escritores que en principio parecerían tan inocuos para la causa nacional como Larra, Machado y Pardo Bazán ¹⁹.

Eradicar el pasado para restaurar la unidad de la cultura nacional: en el discurso de los intelectuales católicos, la guerra se definía como el levantamiento de una, la única, la eterna España contra «los vesánicos esfuerzos que pretendían destruirla». Un sacrificio supremo de afirmación apasionada contra grupos de locos y criminales que desde el siglo XIX para unos, del XVIII para los más, habían pretendido imponer formas exóticas de pensamiento y de organización política. Entre lo primero, el liberalismo y el laicismo, auténticos atentados contra el verdadero ser nacional; entre lo segundo, el democratismo parlamentario. Si tal era la visión de García Morente, Serrano Suñer no le iba a la zaga cuando atribuía al Alzamiento glorioso la rotura de las cadenas de una dominación extranjera padecida por España «durante cerca de un siglo», un afrancesamiento en las costumbres que había producido un proceso desnacionalizador, de negación y destrucción, día a día, de todos los valores genuinamente españoles. Pero aquella serie de claudicaciones y canalladas no sucederá más: se liquidó definitiva, irrevocablemente. Para Sáinz Rodríguez el laicismo era una aberración desde todos los puntos de vista, religioso y filosófico, y para los españoles -añadía- lo era igualmente desde el punto de vista patriótico. Al Estado competía impedir que se conservara ni una brizna de posibilidad

¹⁹ Gonzalo ÁLVAREZ CHILLIDA, *José María Pemán. Pensamiento y trayectoria de un monárquico*, Cádiz, 1996, pp. 386-387. Ver pp. 57-68 para citas de circulares y arengas de Pemán.

de que ese laicismo volviera a tener beligerancia en el ámbito del pensamiento²⁰.

Monárquicos y fascistas aspiran a la totalidad

Negar como español el laicismo y el liberalismo, arrasar toda la tradición intelectual que había culminado en el momento de esplendor del primer tercio de siglo, estaba, pues, en función de preparar el solar para construir un Nuevo Estado. Y en este punto, los intelectuales de Acción Española pretendieron establecer las bases de su programa máximo -restaurar la monarquía católica y tradicional- por medio de la absorción de la ideología y los valores fascistas. La operación era ciertamente complicada, pues consistía en definir la forma política tradicional española como simultáneamente católica y fascista. Para los católicos que habían seguido la estrategia integrista, libres del engorro de competir con los católicos de la línea gradualista o posibilista, ahora de capa caída, todo el problema consistía en añadir a la tradición monárquica el ingrediente fascista. No les cogía de nuevas: antes de la guerra, destacados ideólogos de Acción Española ya habían mostrado su buena disposición a incorporar elementos fascistas a la genuina tradición monárquica española. Ninguna contradicción percibía, por ejemplo, el marqués de la Eliseda entre aquella «monarquía indispensable para consoolidar el estado contrarrevolucionario» y el ideario fascista. Si alguna existía no era entre la Monarquía católica y el fascismo, sino entre aquella y la monarquía liberal que llevaba en sus entrañas el germen de su propia disolución. El fascismo, sin embargo, había aireado los viejos principios católicos y restaurado los conceptos esenciales de la civilización católica. El genio mussoliniano había llenado la atmósfera de palabras como jerarquía, servicio, heroísmo, patria, mando único, continuidad, elementos que podía servir a España para reconstruir un estado informado de principios católicos, una organización reli-

²⁰ Manuel GARCÍA MORENTE, «Orígenes del nacionalismo español», cit.: Ramón SERRANO SUÑER, «Discurso pronunciado en el cuartel de regulares... 19 de julio de 1938», en *Siete discursos*, Madrid, 1938, pp. 93-94. Pedro SÁINZ RODRÍGUEZ, «La Escuela y el Nuevo Estado», cito por Alicia ALTED, *Política del Nuevo Estado sobre el Patrimonio cultural y la Educación, durante la Guerra civil española*, Madrid, 1984, p. 161.

giosa, política y económica que tiene un nombre prometedor a la par que sonoro: Monarquía Católica²¹.

Si esto se escribía en octubre de 1935, ya se comprenderá que iniciada la guerra civil la fusión entre la tradición católica monárquica y la novedad que representaba el ideario fascista no ofreciera mayor problema a los intelectuales de Acción Española. El mismo marqués de la Eliseda no tenía duda alguna al respecto: por producirse en España, el hecho fascista será tan perfecto en su búsqueda de la verdad que implantará el Estado católico español como una traducción moderna del viejo Estado español de los Reyes Católicos²². Pero quizá nadie con tantas ínfulas filosóficas ni con tanta profusión de mayúsculas como José Pemartín lo haya explicado de forma más contundente. Partiendo de una idea de Nación española como ser histórico-ético de sustancialidad Católica, la futura Nación y el Estado Nuevo debían compenetrarse con un Fascismo integral que actuaría a modo de alma del alma, religión de la Religión: un Fascismo español que, dada la sustancialidad católica de la nación, tenía que forjarse a base de un total y ferviente catolicismo. La Religión Católica debía proelamarse como Religión Oficial del Estado español y, por tanto, el Estado debía cooperar sin reservas con las Órdenes religiosas para desarrollar un programa de catolización total de España que exigía una acción decidida contra las sectas anticatólicas, la masonería y el judaísmo, que eran, como Pemartín oportunamente recordaba, los mismos enemigos de los Fascismos en los programas de regeneración de Europa. El fascismo, que era lo nuevo, actuaría como alma del alma católica reforzando positivamente la enseñanza de la religión y asegurando negativamente la prohibición total de enseñar nada contrario a la ortodoxia católica. Pemartín veía el torrente sanguíneo vital del Movimiento nucleado alrededor de las Formas de permanencia histórica que los siglos forjaron para España, o sea, alrededor de la Monarquía Tradicional. Todo el problema consistía en encontrar un ensamblaje, una síntesis, entre el estilo fascista que pedían las circunstancias y el momento histórico y el fondo sustancial de tradición, que era la vida histórica misma de España. Según Pemartín,

²¹ Marqués DE LA ELISEDA, *Fascismo, catolicismo, monarquía*, San Sebastián, 1936, pp. 203-207. Para los problemas que planteó la recepción del fascismo en Acción Española, Pedro GONZÁLEZ CUEVAS, *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España* (1913-1936), Madrid, 1998, pp. 184-196.

²² EL MARQUÉS DE LA ELISEDA, *El sentidofascista del Movimiento Nacional*, Santander, 1939, pp. 30-52.

resultaba extremadamente fácil conseguir una síntesis del uno y del otro; del fascismo por lo que tiene de militar y, por consiguiente, de españolísimo, con el Tradicionalismo en lo que tiene de religioso y de monárquico ²³.

Pemartín, como Eliseda, como tantos otros, no encontraba dificultad alguna para fundir en un proyecto nuevo, originalísimo, tradición católica y novedad fascista. Podría pasar, en lo que a elaboración ideológica se refiere, como arquetipo de intelectual a la vez católico y fascista. Ambas adjetivaciones tenían una inmediata consecuencia práctica: Pemartín no se limitaba a elaborar una ideología, no reducía su acción al ámbito de la escritura y la palabra. Pemartín era, desde luego, un intelectual y, por serlo, hablaba y escribía; pero era, además, católico y, por tanto, vocado a la acción, lo que en términos prácticos quería decir a ocupar una posición de poder en el Estado para desde ella llevar a cabo su programa político; en su caso, recatolizar, lo que en las circunstancias españolas de 1938 implicaba, por una parte, el exterminio de cualquier heterodoxia y, por otra, la imposición de la enseñanza católica en todos los niveles educativos. En ambas tareas ya otros intelectuales tan católicos como él pero algo menos decididamente fascistas como Pemán y Suñer le habían preparado el terreno. Ahora, a comienzos de 1938, cuando se forma el primer gobierno de Franco, Pemartín acompaña a su correligionario de Acción Española, Pedro Sáinz Rodríguez, al Ministerio de Educación a rematar la tarea de limpieza del solar y edificación del nuevo Estado imponiendo la enseñanza de la religión en todos los niveles educativos, concediendo a las Órdenes religiosas más de lo que piden, restaurando en fin el orden tradicional de las cosas.

Si los intelectuales católicos de Acción Española pretendían incorporar el fascismo a su proyector de restauración monárquica como estilo exigido por los nuevos tiempos, los intelectuales fascistas de Falange no necesitan, para rematar su proyecto totalitario, incorporar el catolicismo: son decididamente católicos. Algunos porque ya lo eran antes de ingresar en Falange, otros porque la experiencia de la guerra les mueve a pasar horas de recogimiento ante el sagrario. Ninguno, en todo caso, pone en duda el papel que corresponde a lo católico en la identidad nacional ni en la construcción del Nuevo Estado. España sin el catolicismo no sería nada, dice el jefe de filas de la Falange

²³ José PEMARTÍN, *¿Qué es lo Nuevo? Consideraciones sobre el momento español presente*, Santander, 1938, *passím*.

catolizada, Ramón Serrano Suñer, cuando propone como imperativo de Falange entroncar las nuevas nociones e instituciones políticas con el sentido profundo, religioso, tradicional y eterno de España. Nuestro Estado, asegura, conoce, como conoce el pueblo, la verdad de Dios y la verdad de España y por español y por católico, recibe la acción bienhechora y múltiple de la Iglesia, ampara sus leyes y no le regatea su protección²⁴. Podían existir todas las rivalidades que se quiera, las pugnas por parcelas de poder, los enfrentamientos por la temida disolución de organizaciones católicas o por los acuerdos culturales con Alemania, pero nada de eso quebraba la fusión profunda entre el nuevo hecho falangista y el tradicional hecho católico, que las jerarquías de falange y de la Iglesia se preocupaban de mostrar al público con motivo de celebraciones religiosas, bendición de locales, apertura de campamentos.

Esa fusión de fondo se traslucía en dos hechos fundamentales para la configuración del Nuevo Estado. Los intelectuales de procedencia falangista -con o sin antecedentes católicos- coincidían plenamente, aunque por diversos motivos, con los intelectuales de procedencia católica en su común rechazo del Estado liberal y la exigencia de sustituirlo por un Estado que entre los falangistas se define como totalitario y entre los católicos como monarquía católica tradicional con la incorporación del elemento fascista, lo que en la práctica, para los ciudadanos, venía ser lo mismo, aunque para los constructores del Nuevo Estado fuera distinto el horizonte final. Había que arramblar con el armatoste escénico del constitucionalismo, decía la estrella ascendente del falangismo catolizado, Pedro Laín, pensamiento que repite desde sus primeros números la revista *Escorial* cuando contrapone la debilidad esencial del Estado liberal, su azarosidad permanente, a ese Estado acerado, elástico, activo, revolucionario, inquieto, capaz de crear una «afilada acción colectiva»; había que desterrar el liberalismo, una orden del Caudillo que todos los españoles debían mostrarse prestos a cumplir, según recomendaba Maravall. Liberalismo era lo mismo que dejación, blandenguería, abrir oportunidades a los enemigos de la religión y de la patria, entregar el Estado²⁵.

²⁴ Ramón SERRANO SUÑER, «Discurso pronunciado en Sevilla el 2 de abril de 1938», en *Siete discursos*, pp. 26-31.

²⁵ Pedro LAÍN, «Nacimiento y destino de tres generaciones. 2. Revisión nacionalsindicalista del 98», *Arriba España*, 11 de junio de 1937; José Antonio MARAVALL, «Desterrar el liberalismo», *Arriba*, 27 de febrero de 1940. SERRANO SUÑER, «Discurso

El rechazo radical del liberalismo tenía su complemento, como era el caso también entre los pensadores de Acción Española, en la negación de cualquier fórmula que recordara la política seguida por Herrera Oria y Gil Robles en los tiempos de la República: con la democracia y el liberalismo no cabían componendas, medias tintas, como tampoco cabía en un tiempo «que exigía con Imperio ardorosas audacias» limitar la propaganda a escogidos grupos de minorías²⁶. Tal vez la fundación de un partido católico para competir por el gobierno con otros partidos era una táctica válida para aquellos países en los que el catolicismo estuviera en minoría, concedía Laín. Pero, además de la endeblez que definía a esa fórmula, no era ése el caso de España. Para España estaba reservada una «solución española», esto es, una afirmación de la identidad católica del Nuevo Estado, una solución que constituía algo inédito, propio no más que de España. Lo definió enseguida Laín, cuando habló del cesarismo católico de Carlos y Felipe en el pasado, y la solución inédita, pero segura, que el nacionalsindicalismo católico español reservaba al mundo. Lo afirmó José Antonio Maravall cuando, «con sobriedad ajustada y elara», escribió de una misión reservada a España que Falange estaba destinada a realizar incorporando el sentido católico de la vida a la gran obra española de afirmar un Dios, una fe, un bautismo, o cuando juzgaba al catolicismo como «la fuente inagotable de la que ha de sacar España las energías que necesite para actuar con influencia profunda en el mundo». Lo remachó enfáticamente Salvador Lisarrague cuando rechazó la acusación que gentes apegadas a las estructuras caducas del pasado dirigían a Falange de identificar paganamente lo religioso y lo civil. No, Falange no pretendía definir las últimas instancias de la vida, sino afirmar al hombre concreto, al hombre católico. Por eso era Falange católica en lo más profundo de su ser y por eso no pretendía absorber Falange la esfera última del hombre, la religiosa, confiada a la Iglesia, sino servirla con energía y dignidad. Se diría que los falangistas rivalizaban con los católicos en la identificación de la nación y el Estado con la religión y en la

pronunciado en Sevilla el 2 de abril de 1938», *Siete discursos*, pp. 19-24, proponía, con la misma imagen utilizada por Laín, desmontar el armatoste polvoriento y arcaico del Estado liberal.

²⁶ Esto decía Pedro LAÍN en «Lo católico: el pensamiento en la Acción Católica» y «Lo católico: la acción en la Acción Católica», *Arriba España*, 7 y 21 de marzo de 1937, citados *in extenso* por José Andrés Gallego, *¿Fascismo o estado católico?*, Madrid, 1997, pp. 109-111.

afirmación de un sentido católico de la existencia para cumplir aquella tremenda e inapelable afirmación del Evangelio, según la cual vivir es militar²⁷.

La exaltación de lo católico como instancia única de reconstrucción de la comunidad moral rota por la guerra debería ser equilibrada, según los intelectuales de Falange, con el postulado de un Estado totalitario, como instancia que unificaba desde arriba la comunidad política que el Estado liberal había llevado al desastre. Y fue en este terreno donde saltaron las chipas por fricción de dos proyectos con pretensiones totalizadoras. Saltaron por reparto de posiciones de poder, pero sobre todo por lo que se refería a la configuración final del Estado en formación. En el primer punto, la pretensión de los católicos de llenarlo era continuamente frenada por la resistencia de la Falange: si la educación era para los primeros, la prensa y propaganda quedaba en manos de los segundos. A Acción Española se le impidió volver a publicar su revista del mismo modo que a la Editorial Católica no se le permitió volver a sacar *El Debate*. Tenían la educación, desde luego, pero los grupos de intelectuales falangistas que emergieron en Pamplona, Salamanca y Burgos se quedaron con todo el aparato de prensa y propaganda del nuevo Estado, empeño al que dedicó Serrano Suñer sus mejores hombres. La relación quedaba establecida, por tanto, como una lucha por la hegemonía cultural, por decidir quién se iba a quedar con la formación de la juventud y con la interpretación del pasado. Los intelectuales procedentes de Acción Española no se dejaron arrebatar tan fácilmente las posiciones ocupadas en Educación: Pemán puso buen cuidado en que su sucesor fuera Sáinz Rodríguez, pero los intelectuales de Falange defendieron, de momento con éxito, su monopolio en la prensa y la propaganda.

En todo caso, si los monárquicos alfonsinos y tradicionalistas pretendían integrar el fascismo en su ideario y si Falange incorporaba el catolicismo al suyo no era sólo por defender parcelas de poder, sino por un designio de totalidad. Ambos querían serlo todo en el nuevo Estado y ambos disponían de un proyecto total: la restauración de una

27 José Antonio MARAVALL, «Un Dios, una fe, un bautismo» y «Árbol de España», *Arriba*, 11 y 22 de octubre de 1940; Salvador LISARRAGUE, «Lo religioso y lo civil en la Falange», *Arriba*, 6 de febrero de 1940. Ver también, en idéntico sentido, Antonio de Luna, José M. García Escudero, Mariano Aguilar Navarro y José Corts Grau, citados por José Antonio PORTERO, «La Revista de Estudios Políticos», en Manuel RAMÍREZ (ed.), *Las fuentes ideológicas del franquismo*, Zaragoza, 1978, pp. 34-46.

monarquía católica y tradicional, los primeros; la instauración de un Estado totalitario, los segundos. Cada cual pensaba que podía, al integrar al otro, subordinarlo y domeñarlo, conseguir que se incorporase al Nuevo Estado de modo subalterno. Ninguno de los dos había pensado que Franco no estaba por institucionalizar, ni como monárquico ni como fascista, el Estado en construcción. Y Franco no era cualquier cosa en el conglomerado de fuerzas que había puesto manos a la obra en la construcción del Estado: aparte de la contribución que cada uno de ellos había aportado a la teoría y a la práctica del caudillaje por la concentración en las manos de Franco de los tres carismas de caudillo, guerrero invicto y enviado de Dios, Franco representaba aquel recurso a lo militar que la debilidad de fascistas y fascistizados había hecho inevitable en 1936. Sin duda, Franco no era un tipo fanático, ni se dejaba cegar por dogmatismo alguno: no necesitaba, por tanto, prescindir de ninguna de las fuerzas que habían contribuido a la victoria. A condición, naturalmente, de que ninguna de esas fuerzas pretendiera ir más allá de una presencia parcial y no aspiraran al todo.

y al todo aspiraron Sáinz Rodríguez y Vegas Latapie de parte de los monárquicos católicos, y Serrano Suñer y Dionisio Ridruejo de parte de los fascistas católicos. Los cuatro para su propia ruina política. Serrano porque seguramente creyó que podía institucionalizar el Nuevo Estado definiéndolo como instrumento totalitario que situaba al partido por encima del gobierno y de su jefe. Sáinz porque se mostró impaciente respecto a la restauración de la monarquía. No hay en el alejamiento del régimen en formación protagonizado por los principales intelectuales de estas dos corrientes ni un atisbo de liberalismo, ni una mínima ración de nostalgia de apertura. No lo hay ahora ni lo habrá en los próximos años. En su célebre carta a Franco, lo que Ridruejo le reprocha es que el Régimen entero no esté ocupado por falangistas, que el jefe del Régimen no lo sea en cuanto jefe auténtico de esa Falange, que no haya sabido poner en pie una dictadura nacional servida por un movimiento único, creadora y revolucionaria, que Franco sea un árbitro entre fuerzas que se contradicen; en resumen, que el Movimiento, con su jefe a la cabeza, no posea íntegramente el poder. Ridruejo, que como Laín, Tovar y, en general, el grupo de falangistas afectos a Serrano, pasan por ser ya en esta época, adelantando así en unos cuanto años lo que serán después, «integradores», «comprensivos», cuando no sencillamente «liberales», lo quería todo y si se marcha es porque Franco no lleva hasta sus últimas consecuencias la construcción de un Estado

totalitario²⁸. Sáinz y Vegas hacen lo mismo porque Franco no permite el retorno de su rey. Todos, monárquicos y falangistas de la más estricta observancia, porque han confundido los tiempos que se abren después de la victoria y porque han creído en algún momento que la guerra acabaría con el triunfo total de su proyecto político; que Franco, por decirlo de otro modo, era un poder conducente a otra cosa, un poder interino.

Los accidentalistas aprovechan la gran ocasión

Que no lo era fue la hipótesis previa necesaria de la que había que partir para iniciar un trabajo de penetración en el Estado y en la sociedad: no pretender el todo, sino consolidar la parte y evitar en lo posible enfrentamientos inútiles. Esto es lo que debió de comprender «el democristiano» Ibañez Martín, llamado a suceder a Pedro Sáinz Rodríguez al frente del Ministerio de Educación en agosto de 1939. Asegurada la recatolización de la escuela de enseñanza primaria y de los institutos de secundaria, quedaba la Universidad y, en este punto, Ibañez Martín no presentaba fisura alguna: aprovechó la inauguración del primer curso escolar tras la victoria para reafirmar la misma acusación a «los hombres del intelectualismo frío y laico», máximos responsables de la decadencia espiritual de nuestro pueblo, a prometer que ya nunca más habría libertad de cátedra, que nunca más de las aulas universitarias saldría una doctrina falaz y a reafirmar la constante imperial y católica de nuestra cultura que tendría en Falange su mejor promesa de fecundidad. Hacía así Ibañez Martín honor a toda su genealogía política: diputado por la CEDA en la República, miembro fundador de Acción Española, había ingresado en Falange cuando abandonó su refugio en Madrid²⁹.

Era, pues, el momento de los hombres que habiéndolo sido todo, o habiendo sido de todo, no sentían urgencia en llevar hasta su extremo

²⁸ «Carta a Franco», 7 de julio de 1942, reproducida en Dionisio RIBHUEJO, *Casi unas memorias*, Barcelona, 1976, p. 237, para lo citado.

²⁹ Democristiano lo llama, con la intención que se puede suponer, Eugenio VEGAS LATAPIE, *La frustración en la victoria*, Madrid, 1995, p. 213. «La apellura del curso universitario. El discurso del ministro de educación», *Arriba*, 24 de octubre de 1939. Para la trayectoria política del nuevo ministro, CÁMARA VILLAR, *Nacional-catolicismo*, pp. 108-111.

nada. Dicho de otra forma, el futuro iba pertenecer a los posibilistas, a los que iniciados como propagandistas, habían pasado por la CEDA, por Acción Española o por Falange sin llegar a convertirse en totalitarios de una pieza, sin llegar a supeditar su actuación política a la consecución de su proyecto último, fuera éste el de la restauración monárquica, fuera el de implantación de un Estado totalitario. Ahora bien, las cosas habían cambiado sustancialmente en lo que se refería a las relaciones del catolicismo político con la jerarquía de la Iglesia. Y es ésta la cuestión fundamental que impide tratar los enfrentamientos y debates entre los diferentes sectores de intelectuales, todos católicos³⁰, como si se tratase de los años de República. Entonces, los debates ideológicos encubrían, o adornaban, diferentes estrategias políticas con vistas a la conquista del poder, si por la vía de las elecciones o por la de la contrarrevolución. Ahora, el poder ya está conquistado, el Estado se define como nacional con el mismo título que católico. La relación con ese Estado no tendrá, por tanto, nada que ver con la mantenida con la República: si entonces chocaron diferentes estrategias, si en las alturas de la jerarquía pudo existir una tendencia proclive a Acción Popular y otra favorable a Acción Española, ahora la unidad relucía sin fisuras: la única estrategia, por todos compartida, es sostener a Franco, convertirse en el más sólido puntal del Nuevo Estado.

El intelectual católico deja de ser, por tanto, aquel combatiente de reconquista, que se disponía a sacrificar su vida para recuperar la sociedad y conquistar un Estado caídos en manos del enemigo. Ya la depuración está realizada, ya está preparado el solar y el Estado está en buenas manos: no queda más que servir a la Iglesia tal como ella quiere ser servida. Éste es el ideal nuevo del intelectual católico: servir a la Iglesia, ponerse a disposición de la jerarquía para cumplir el mandato que tenga a bien encomendarle. Ése es el primer resultado, para los intelectuales, de la fusión entre Estado nacional e Iglesia católica, las dos sociedades perfectas en cuyo regazo encuentra el hombre una plenitud de existencia: la comunidad política porque lo resguarda de ataques a su integridad, facilita su acceso a los medios materiales indispensables para su subsistencia, brinda a su espíritu instrumentos de educación; la comunidad religiosa, que es la Iglesia o el cuerpo místico, porque actúa como cauce eficaz para la Gracia y endereza

³⁰ Como recordará muchos años después, y sin atisbo alguno de ironía, José L. LÓPEZ ARANGUREN en *Memorias y esperanzas españolas* y «El intelectual católico del futuro», *Obras Completas*, Madrid, 1997, vol. 6, pp. 197-199, Y vol. 4, pp. 202-207.

los pasos del hombre mediante la enseñanza de la Ley Divina y brinda a las almas el bálsamo y alimento de superiores auxilios. Ambas instituciones son indispensables por igual para que pueda hablarse de vida humana³¹. En ambas instituciones deberá el intelectual católico desarrollar su tarea.

Ahora bien, para actuar en el Estado como católico, esto es, como miembro fiel de la Iglesia representada por su jerarquía, el intelectual no necesita ahora pertenecer a ningún partido político, ni a ninguna sociedad cultural paraparlítica. Le basta con estar integrado en ese brazo secular por el que la jerarquía de la Iglesia interviene en la política, la Acción Católica. En el combate por asegurar su presencia en la política, la Iglesia, aunque reticente, no pondrá finalmente obstáculo a la disolución de sus antiguas instituciones en las que criaba personal político en sistemas parlamentarios, fuera monárquico o republicano. A pesar de la «negativa rotunda a la posible disolución» de la Federación de Estudiantes Católicos, anunciada por el primado en una instrucción de 15 de marzo de 1938³², una vez culminada la guerra en victoria, la Iglesia la sacrificó sin mayor problema. La ACNP vio con lágrimas en los ojos cómo el vivero en el que formaba a sus jóvenes selectos, a pesar de la anunciada actitud de firmeza del primado, era conminado a disolverse y a integrar sus efectivos en las filas del SEU. No sólo los estudiantes; el presidente de la Confederación Nacional Católico-Agraria, la gran obra del catolicismo social, José María Lamamié de Clairac, no podía por menos que expresar su profunda inquietud sobre el criterio falangista de la confesionalidad al delegado nacional de sindicatos, Gregorio Salvador Merino, ante la incorporación de esa niña de los ojos del catolicismo social que eran las federaciones agrarias a la Obra Sindical. Naturalmente, Salvador Merino tranquizaba a Lamamié reafirmando, sin que hiciera falta, la consustancialidad del sentido cristiano y católico de la existencia con la filiación falangista³³. La Iglesia y sus organizaciones de apostolado seglar tuvieron que acomparar sus pretensiones totalizadoras a la existencia de organizaciones de masa que estaban en manos de Falange, del mismo modo que ésta debió

³¹ Joaquín RUIZ-GIMÉNEZ, *Derecho y vida humana*, Madrid, 1944, pp. 70-72.

³² Isidro GOMÁ, «A nuestros estudiantes católicos», recogido en *Por Dios y por España*, p. 156.

³³ Palabras del delegado nacional de Sindicatos en la reunión para designar los representantes de las Federaciones católico-agrarias en la Organización Sindical, *Arriba*, 6 de septiembre de 1940.

admitir la realidad de que un Estado soñado como totalitario concedía a la Iglesia privilegios insólitos, hasta el punto de preguntar en qué otro lugar de la tierra ocupaba el catolicismo una parecida consideración en las leyes y una parecida participación en todos los órdenes de la vida pública»³⁴. Renunció también la Iglesia a lo que parecía un derecho irrenunciable del catolicismo político: disponer de una Universidad católica propia. A lo que de ninguna manera renunció fue a la Acción Católica, la organización de seculares que habría de servir para la formación de hombres con vocación de ocupar puestos de responsabilidad en la sociedad. De modo que el futuro de las minorías selectas de católicos iba a depender, aunque los combates ideológicos entre falangistas católicos y católicos neotradicionalistas puedan desviar la atención, del rumbo que siguiera la Acción Católica. Desde el punto de vista jerárquico eclesial, la unidad de dirección no ofrecía dudas: eran tiempos de exaltación de la autoridad y la jerarquía había restablecido su unidad interna y no estaba dispuesta a admitir una nueva división de los católicos en la esfera política; ya no había estrategia integrista frente a posibilista; ahora sólo había una estrategia, la de sostener al régimen y ampliar en la medida de lo posible las esferas de poder. Por otra parte, tratándose de una institución directamente vinculada a la jerarquía, era el cardenal primado el que disponía de un poder incontestado que le permitía nombrar y despedir a los dirigentes de los organismos nacionales. Por ese lado, pues, no había temor alguno a divisiones ni polémicas. Pero desde el punto de vista de los seculares, la cuestión no estaba tan clara: el catolicismo político hegemónico en los años treinta, el que había logrado un seguimiento de masa, alcanzado notables resultados en la urnas y actuado en la sociedad a través de asociaciones, editoriales, periódicos propios, había quedado como descabezado por la guerra civil. Necesitaban reconstruir un modo de presencia desde otros supuestos: la vía privilegiada para la actuación de la Iglesia en la sociedad y en el Estado no podía ser ni asociaciones culturales, ni organismos parasindicales, ni partidos confesionales; tenía que ser por necesidad la Acción Católica. Quien quisiera imponer su hegemonía tenía que controlar la Acción Católica, eso era todo.

El que primero lo tuvo claro y lo definió con absoluta nitidez fue el forjador de aquellas minorías selectas de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, Fernando Martín-Sánchez Juliá. En un discurso

³⁴ «Tradicional concordia con la Iglesia», *Arriba*, 26 de octubre de 1939.

llamado enseguida de las «Tres preocupaciones», pronunciado en septiembre de 1940, Martín-Sánchez insistió en su conocida, estrategia de «buscar no masas entre la juventud, sino jóvenes entre lo más selecto». Para desarrollar esa tarea, la ACNP disponía en otros tiempos de los llamados organismos de selección: la Federación de Estudiantes Católicos, recordaba el orador, garantizaba selectísimas levas de nuevos propagandistas, como era el caso de Alfredo López, allí presente, que había llegado a los propagandistas como estudiante católico, había continuado en los propagandistas como joven católico y ahora se presentaba ante los propagandistas como padre de familia católico. Bien, ese camino se cegó en 1933 y ahora se ha extinguido. No por eso había que desesperar: quedaban los círculos de estudios, esto es, quedaba la misma ACNP que a través de sus círculos formaría la minoría selecta capaz luego de dirigir Acción Católica. Había que hacer de la ACNP una «verdadera Escuela de Estado Mayor de la Acción Católica»³⁵.

De modo que mientras intelectuales neotradicionalistas y falangistas se repartían diferentes parcelas de poder controlando el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, sindicatos de estudiantes o revistas culturales, mientras todos compiten por las cátedras vacantes gracias a la depuración, las minorías selectas de la ACNP se preparaban para ser dirigentes de la Acción Católica. En este empeño, el éxito fue total y no tuvo necesidad de compartirlo con nadie: cuando a principios de 1943 se renueven los dirigentes de los organismos nacionales de la Acción Católica Española, la dirección de la Junta Técnica Nacional recaerá sobre Alberto Martín Artajo y la secretaría sobre Alfredo López, dos propagandistas de la primera hora³⁶. Esta estrategia acabará dando su fruto más granado en el verdadero salto cualitativo que para el poder de la ACNP significó la crisis de gobierno de julio de 1945. En términos formales, el triunfo era para la jerarquía de la Iglesia y para su brazo secular, la Acción Católica, pero por debajo de ellos, los que triunfaban por fin eran los católicos políticos de la ACNP, los que ya habían servido a la dictadura de Primo de Rivera y habían dejado escapar tan estúpidamente la gran oportunidad de hacerse con el poder en la República. Fue, en efecto, el primado Pla y Deniel

³⁵ Fernando MARTÍN-SÁNCHEZ JULIÁ, «Discurso de clausura de la XXVII Asamblea Nacional de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas», 4 de septiembre de 1940, en *Ideas claras*, pp. 257-271.

³⁶ «Renovación de dirigentes en los organismos nacionales de la Acción Católica», *Ecclesia*, 20 de marzo de 1943, p. 5.

quien aconsejó al director de la Junta Técnica, Martín Artajo, aceptar el Ministerio de Asuntos Exteriores. Pero Martín Artajo no aceptó sin consultar previamente con Ángel Herrera Oria, miembro fundador de la ACNP, creador de las Uniones Patrióticas, de la Escuela de Periodismo de *El Debate*, de la Editorial Católica, de Acción Popular, de la CEDA, que había vuelto a España ordenado sacerdote y no dejaba de recomendar a sus discípulos «el deber de asistir con plena confianza a quien dirige los destinos del país»³⁷. Poco después de formular este deber, Ángel Herrera sería consagrado obispo para acabar su fecunda vida político-religiosa elevado a la dignidad cardenalicia.

Mientras tanto, Fernando Martín-Sánchez podía mostrarse plenamente satisfecho seis años después de haber manifestado públicamente sus tres preocupaciones. No se trata de conquistar artificialmente para Cristo el Estado, dijo en Aranjuez, en junio de 1946; objetivo por lo demás plenamente cumplido: ministros, subsecretarios y directores generales abundaban ya entre los miembros de la Asociación. Pero eso no colmaba las expectativas de Martín-Sánchez, que también lo quería todo: conquistar el Estado no sirve de nada si previamente no se posee la sociedad. Y la sociedad se posee llevando a todas las categorías y estadios hombres con capacidad de dirección: catedráticos, consejeros de empresa, directores de periódicos, militares, funcionarios. La creación de minorías intelectuales, decía, nunca es un fin en sí misma. «Si queremos constituir una minoría selecta cultivándonos a nosotros mismos, no será nunca para recrearnos, sino para ocupar todos los puestos, llevando a ellos a Cristo con nosotros y a nuestros conciudadanos a sus salvadores destinos». Ésa era la tarea del intelectual católico, de aquellos selectos formados en los círculos de la ACNP: «conquistar el Estado para Cristo por la posesión previa de la sociedad»³⁸.

³⁷ Para la crisis de julio de 1945, Javier TUSELL, *Franco y los católicos*, Madrid, 1984, de donde tomo la cita, p. 40.

³⁸ MARTÍN-SÁNCHEZ, "Discurso de Aranjuez», junio de 1946, en *Ideas claras*, pp. 449-460.